

ALBORES
(Felice M. Clemente)

Roma: en 1974 tres muchachos doceañeros se juntaron para dar vida a un conjunto de "música andina", cuyo primer nombre fue "Los Sikuris", que significa "Los Tocadores de *Siku*" (flauta de Pan altiplánica que se ejecuta en pareja y constituye el emblema del mundo musical indígena de aquellas comarcas).

Naturalmente este joven trío ignoraba por completo los conocimientos más elementales en el campo de la Música Andina. Tampoco poseían ninguno de los típicos instrumentos musicales, ni sabían como estaban hechos.

En cuanto al vago sentido del término "música andina", ellos no tenían más referencia que los discos de los entonces afamados Inti-Ilumani, quienes -en plena sintonía con su época- arreglaban y tergiversaban a su gusto algunos temas tradicionales, con el intento de recrear el folclor autóctono según esquemas musicales occidentales y de tal manera volver apreciables, también al oído del profano, las estridentes y misteriosas sonoridades de los indios.

Resultado: una musiquita bonita y pegadiza que evoca en la fantasía del comprador imágenes exóticas y engañosas de indios con ponchos de colores, que arrean sus llamas tocando inspirados sus "mágicas flautas", suspendidos en un mundo al confín entre la realidad y el sueño, evanescente y cautivador, a 5000 metros de altura!

"Música andina" eran también, para aquellos novatos, las publicaciones de grupos como Los Calchakis, Los Incas etc... Importadas desde el universo parisino, más emancipado y cosmopolita, pero también más romántico y remilgado.

Los títulos hablaban de por sí solos: "Misterios de los Andes", "Cae la noche sopla el viento" y el infaltable "Cóndor pasa" hasta en la sopa, incluida la versión de Simon & Garefunkel que sonaba a los oídos de nuestros héroes como el último y ridículo afán de conquista por parte de los norteamericanos, ni tampoco se preguntaban como fuera posible que un "gran" grupo como Los Incas se prestara a semejante sórdida maniobra comercial, mucho más inclinados en creer que fueran los neo-conquistadores discográficos americanos en arrebatarle el famoso Cóndor por las buenas o por las malas.

En fin, las más alteradas e inexactas informaciones caían como meteoritos, desordenadamente, mientras Los Sikuris fabricaban como podían caramillos de caña, reconstruyendo de memoria los originales divisados a lo lejos en uno de los mega-conciertos de Inti-Ilumani y rastrellaban las tiendas de música de la capital en la desesperada búsqueda de un *charango* (típico "guitarrillo boliviano" hecho con un caparazón de armadillo), del cual tan solo después de meses hallaron un ejemplar -adquirido al toque y sin discutir, considerando la unicidad de la pieza- que se pasaban de mano en mano tan solo por el gusto de palparlo, aún sin saber como tocarlo y, aún más grave, sin nadie a quien preguntárselo.

Así, a tientas y pifias, empieza esta historia: desde cero.

Se trabajaba por intuición e imitación, al oído, intentando reproducir temas sacados de los discos de los grupos más conocidos. Luego de una inicial etapa en la cual los únicos maestros fueron los Inti (y se incluía en la gran familia de la "música andina" también a la música de protesta de los exiliados chilenos) siguió una segunda fase en la cual Los Sikuris empezaron a restringir su campo de acción, dedicándose a la reproducción de las piezas *neo-folclóricas* presentes en la discografía de los Inti -sobre todo en los discos "Canto de Pueblos Andinos" I y II, para aquellos que los recuerden- y descubriendo nuevos maestros y nuevos ritmos, sacados, esta vez, del ámbito más específico de la música folclórica, sin trasfondos de compromiso político; música que definiría "exótica", o bien "turística" y de la cual ya hablé.

Aún recuerdo el gran día: Horacio Durán había sido invitado a la casa para asistir a un ensayo de Los Sikuris. El más descarado entre los tres muchachitos se había atrevido en llamarle por teléfono y pedirle con voz trémula -si fuera posible- una supervisión, algún consejo... Y así el gran *charanguista* de los Inti había aceptado venir a casa, donde ellos, en vía di Novella 14 - interno 6. Cruzaría el umbral un gran artista, quizás el más grande intérprete del *charango* andino que conocieran, trayendo consigo un ráfaga de viento de la *puna* (estepa andina), un rastro de mitos y de sueños que jamás abandonarían esas paredes.

Horacio era un hombre de mediana estatura, con panzita y algunas canas; mas, para los tres muchachos, cuando abrazaba el *charango* era un rey.

Repiqueaba cubriendo enteramente la tapa armónica de su strumento con la mano que, cual pala o hélice de helicóptero, oscilaba tan rápidamente que ya no se veía y esto, sin que su rostro serio, con la frente arrugada, traicionara esfuerzo alguno ni la más mínima tensión.

Estaba ahí, impasible, mientras su mano saltaba, apagaba las cuerdas, se cerraba, se abría toda cual mariposa que levanta el vuelo -en una palabra- moldeaba el sonido que brotaba solito de la boca de aquel extraño instrumento, mitad animal y mitad vegetal, que parecía cobrar vida gracias a las mágicas y misteriosas caricias de Horacio!

Él fue el primer maestro y también el primero que, quizás sin quererlo, le metió -por así decirlo- la mosca detrás de la oreja... Y ahora les contaré por qué.

Pues (llenos de vergüenza y de temor, mas no sin una considerable dosis de entusiasmo y un poco de ambición) Los Sikuris tocaron como pudieron aquellas que consideraban ser las mejores piezas de su repertorio; entre ellas había una en particular titulada "Ojos Azules", siempre sacada de un disco de Inti-Ilumani y mínimamente re-arreglada por los tres muchachos, que -como pasa a menudo- la habían vuelto más fea que el original; por no mencionar la ejecución abundantemente amatorial, que debió convertirla en algo casi inescuchable al oído del maestro.

Sea como sea él quedó contento de la prestación, quizás porque ya se esperaba algo parecido o quizás porque imitaban su música antes que otra. Dio formalmente su enhorabuena a esos artistas incipientes, no sin una pizca de emoción por haber transmitido la pasión por la Música Andina a "jóvenes relevos" italianos, que le recordaban aquellos tiempos en que él mismo movía sus primeros pasos en el mundo musical latinoamericano.

Sin embargo -y aquí vengo al grano- cumplidos dichos protocolos, agarró nuevamente el *charango* y dijo en su italiano repleto de sugerencias chilenas: «Este tema me provoca tantos recuerdos... Una vez, cuando recorrí los Andes a pie, solo con mi *charango* en bandolera, lo escuché en el Noroeste de Argentina, en carnaval, allá por la Quebrada de Humahuaca (a la frontera con Bolivia) y este mismo tema para nada era tan lento y triste: no era como lo interpretamos nosotros, los Inti. Lo hemos cambiado. Yo no quería, pero los demás estaban todos conformes con este nuevo arreglo. En realidad este tema es un carnalito, mucho más rápido y alegre, más o menos así... »

Y se puso a tocar una música distinta en un ritmo vivaz, sin grandes artificios técnicos; más bien simple, fresca, radiante: tocaba con todo el corazón y estaba tan inspirado, que de pronto se puso a cantar. Su voz sonaba extraña: nasal y metálica, afinada porque era músico, mas no linda; sin embargo, de todo lo que nos tocó aquella tarde, de esta pieza conservo una clara visión en la mente como de algo solar, grande y arrebatador!

Al poco rato se interrumpió diciendo: «Nunca tuve una gran voz, era solo para darles una idea... » Guardó el *charango* en su funda y se puso el saco para marcharse.

ALBORI (Felice M. Clemente)

Nel 1974 tre ragazzi dodicenni si riunirono per dare vita ad un gruppo di "musica andina", il cui primo nome fu "Los Sikuris", che significa "I Suonatori di *siku*" (flauto di Pan *altiplánico* che si suona in coppia e costituisce l'emblema del mondo musicale degli indios di quelle contrade).

Naturalmente questo giovane terzetto era completamente a digiuno delle più elementari nozioni nel campo della Musica Andina. Inoltre non possedevano nessuno dei tipici strumenti musicali, né sapevano come erano fatti. Per quanto riguarda la vaga accezione del termine "musica andina", essi non avevano altro modello a cui rifarsi che i dischi degli allora celeberrimi Inti-Ilumani, i quali -in piena sintonia con i loro tempi- arrangiavano e tergiversavano a loro piacimento alcuni temi tradizionali, nell'intento di ricreare il folklore autoctono secondo schemi musicali occidentali, in modo da rendere apprezzabile anche all'orecchio del profano le stridenti e misteriose sonorità degli indios.

Risultato: una musicchetta carina ed orecchiabile che evoca nella fantasia del compratore immagini esotiche ed

artefatte di indios con ponchos colorati, che custodiscono lama e suonano ispirati i loro "flauti magici", in un mondo sospeso al confine tra la realtà e il sogno, evanescente e accattivante, a 5000 metri d'altezza!

"Musica andina" erano anche, per questi ragazzi inesperti, le pubblicazioni di gruppi come Los Calchakis, Los Incas ecc... Importati dall'universo parigino, più spregiudicato e cosmopolita, ma anche più romantico e perbenista. I titoli parlavano da soli: "Misterios de los Andes", "Cae la noche sopla el viento" e l'immane "Condor pasa" in tutte le salse, compresa la versione di Simon & Garfunkel che ai nostri eroi suonava come l'ultimo ridicolo anelito di conquista da parte dei nord-americani, né si chiedevano come mai un *grande* gruppo come Los Incas si fosse prestato a questa sordida manovra commerciale, più propensi com'erano a credere che il famigerato Condor gli fosse stato sottratto di ruffa o di raffa dai neo-conquistatori discografici americani.

Insomma le informazioni più alterate ed inesatte giungevano come meteore, disordinatamente, mentre Los Sikuris fabbricavano alla meglio zufoli di canna, ricostruendo a memoria gli originali visti da lontano in uno dei mega-concerti degli Inti-Ilumani e rastrellavano i negozi di musica della città alla disperata ricerca di un *charango* (tipico "chitarrino boliviano" ricavato da una corazza di armadillo), del quale solo dopo mesi trovarono un esemplare -acquistato subito e senza fare storie, vista l'unicità del pezzo- che si rigiravano increduli tra le mani per il solo gusto di toccarlo, senza ancora sapere come fare per suonarlo e, cosa ancora più grave, senza avere nessuno a cui chiederlo.

Così a tentoni e cantonate comincia questa storia: da zero.

Si lavorava ad intuito e per imitazione, a orecchio, cercando di riprodurre brani estratti dai dischi dei gruppi più celebri. Ad un periodo iniziale durante il quale gli unici maestri furono gli Inti e si includevano nella grande famiglia della "musica andina" anche le canzoni di protesta degli esuli cileni, seguì una seconda fase in cui Los Sikuris cominciarono a restringere il campo, dedicandosi esclusivamente alla riproduzione dei brani *neo-folclorici* presenti nella discografia degli Inti -soprattutto nei dischi III° e V°, per chi se li ricordasse- e scoprendo nuovi maestri e nuovi ritmi, tratti, questa volta, dall'ambito più specifico della musica folkloristica, senza sfumature di coinvolgimento politico; musica che io definirei "esotica", ovvero "turistica" e di cui ho già detto.

Ricordo ancora il grande giorno: Horacio Durán era invitato a casa per assistere ad una prova de Los Sikuris. Il più sfacciato dei tre ragazzini aveva osato telefonargli e chiedergli con voce tremante -se possibile- una supervisione, qualche consiglio... E così il grande *charanguista* degli Inti aveva accettato di venire proprio a casa, da loro, a via di Novella 14 -interno 6. Avrebbe varcato la soglia un grande artista, forse il più grande interprete del *charango* andino che conoscessero, portando con sé una folata di vento della *puna* (steppa andina), una scia di miti e di sogni che non avrebbero più lasciato quelle mura.

Horacio era un uomo di statura media, con la panzetta e qualche capello bianco; ma, per i tre ragazzi, quando abbracciava il *charango* era un re.

Repiqueaba coprendo interamente il piano armonico del suo strumento con la mano che, come una pala o un'elica di elicottero, oscillava tanto velocemente da non potersi più vedere e questo, senza che il suo viso serio, con la fronte corruciata, tradisse il minimo sforzo né la minima tensione.

Era lì, impassibile, mentre la sua mano saltava, stoppava le corde, si chiudeva, si apriva tutta come una farfalla quando spicca il volo - in una parola- modellava il suono che scaturiva di per sé dalla bocca di quello strano strumento, per metà animale e per metà vegetale, che sembrava acquistare vita grazie alle magiche e misteriose carezze di Horacio!

Fu lui il primo maestro e fu anche lui che, per primo, forse senza volerlo, mise loro - per così dire- la pulce nell'orecchio... Ed ora vi dirò il perché.

Dunque (pieni di vergogna e di timore, ma non senza una grande carica di entusiasmo e un po' di ambizione) Los Sikuris suonarono come poterono quelli che reputavano essere i brani migliori del loro repertorio; fra questi ve n'era uno intitolato "Ojos Azules", sempre ripreso dagli Inti-Ilumani e minimamente riarrangiato dai tre ragazzi, che lo avevano reso -come spesso accade- più brutto dell'originale; per non parlare dell'esecuzione abbondantemente dilettantistica, che probabilmente ne fece un brano pressoché inascoltabile all'orecchio del maestro.

Lui rimase comunque contento della prestazione, forse perché si aspettava qualcosa del genere o forse perché imitavano la sua musica piuttosto che un'altra. Si congratulò formalmente con quegli artisti in erba, non senza un briciolo di commozione per aver trasmesso la passione per la Musica Andina a "giovani leve" italiane, che gli ricordavano i tempi in cui lui stesso muoveva i primi passi nel mondo musicale latinoamericano.

Tuttavia -e qui vengo al punto- fatti questi convenevoli, si mise di nuovo il *charango* sotto braccio e disse col suo italiano ricco di suggestioni spagnoleggianti: «Questo brano provoca in me tanti ricordi... Una volta, quando percorsi le Ande a piedi con solo il mio *charango* a tracolla, lo sentii suonare nel Nord-Ovest dell'Argentina, a carnevale, nella Quebrada de Humahuaca (al confine con la Bolivia) e questo stesso brano non era affatto così lento e triste: non era come lo suoniamo noi, gli Inti. Lo abbiamo cambiato. Io non volevo, ma gli altri erano tutti d'accordo per questo nuovo arrangiamento. In realtà questo brano si suona in ritmo di *carnavalito*, molto più veloce e allegro, press'a poco così... »

E si mise a suonare una musica diversa su un ritmo vivace, senza grandi artifici tecnici; piuttosto semplice, fresca, gioiosa: suonava col cuore ed era talmente preso, che ad un tratto si mise a cantare. La sua voce era strana: nasale e metallica, intonata perché era un musicista, ma non bella; eppure, tra tutte le cose che ci suonò quel pomeriggio, di questo brano ho chiara la visione nella mente come di qualcosa di solare, grande e travolgente!

Quasi subito si interruppe dicendo: «Non ho mai avuto una gran voce, ma era solo per darvi un'idea... » Chiuse il *charango* nella custodia e si mise la giacca per andarsene.